

Ocre mediocre...



Nunca es triste la verdad, cuando se tiene a mano un buen remedio. Pero hay gente que es demasiado mala y que es perversa. Persevera en ser perversa. Hasta diría que es ruin e incluso peligrosa. El chorro de agua congelada con que nos rocían con sus gustos tan perversos, es una realidad tangible y dolorosa. La temática de la guerra, muchas veces aparenta desligarse, de modo malévolamente, del estudio del espacio que deambula por adentro de nosotros. Lo inmoral, lo dañino y lo cruel, nos rodean como en un halo invisible. Mi primera parada matutina, es siempre contemplarme ante el espejo, observando si todavía me mantengo vivo. Y marchar callado en el silencio, a mi trabajo diario...

Me extraño tanto a mí mismo, que hasta me duele el alma. Hasta me duele el corazón cuando me dejo ir, y me quedo flotando en ese estado gaseoso nauseabundo, en el que solo pasó a ser un ser, sin ser. Me duele y me remuerde en el cuello y en los hombros, el peso de la nada. Y entre todos estos sinsabores, el cielo sigue siendo tan celeste como siempre y las nubes son tan blancas, como casi nunca... Y aunque me duela el alma, grito en mi cabeza antes de entrar ¡Qué te rueguen tu madre y tu padre, que el yankee y el cubano están medio locos del todo! Y basta, yo me voy de aquí, aunque me quede. Yo estoy solo ¿Qué duda puede aún quedar? Cada día me duele un poco más, partirme el pecho entre los escombros de lo que alguna vez yo fui... mientras me dejo perder, alejándome a la niebla púrpura. Hasta el espejo se me ve inundado, de mis propios líquidos revueltos...

Todos me hacen el vacío en mi trabajo. El vacío es esa falta, ese contenido ausente. Es eso que bien tiene prestado de la nada. Nada de la nada. Filosofía, religión y vacío. Es ese cielo vacío, imposible de aplicárselo a uno mismo. Saltar al vacío desde el cual quede tan estupefacto, en aquel día tan lejano de mi desnudo nacimiento. El vacío es ese algo tan vacío, que deja de ser vacío entre sus límites, pues entre sus propios límites deja de ser ese algo tan vacío, para convertirse en un sólido vacío de sí mismo. Vacío total y vacío mental, donde mi yo queda a merced del temporal de los perversos. Y no quisiera entrar hoy al hospital...

Envidia, rencor y tristeza, caminando juntos por estos largos pasillos del añoso hospital. Envidia, afán de poseer y no de privarlo de ese algo, al que lo tiene. Envidia aquí, envidia allá y envidia, todavía más allá. Celos tan antiguos como el mismo ser humano y que han sembrado la historia, de desgracias y muchas más desgracias. Saetas que me tiran, buscando a mi dolor herido, para hacerlo aún más dolor.

No hay burlas, manejándose entre burlas. Todas las burlas, causan daño... Drama de burlas, para nada graciosas. Y célebre, entre mezquindades crueles. Actividad y al principio ciertos roces, que fueron creciendo más y más. Roces, día a día, que son como disparos secos o quebraduras tajantes... que te alertan, que te parten, que te muelen,

diciéndote que la paz ha huido para siempre de tu ser. Lleno de roces no deseados, de sudores ajenos y de palabras sordas. De los huesos resecos, en los que siguen apareciendo roces. No te dejan de sumar y de sumar roces y más roces, que demuestran que la maldad más ruin, los alimenta.

Ridiculizar mi estima, y echar por tierra todo lo que yo construía. Querer ridiculizarme porque sí, no más... De lo ridículo a lo estúpido. Ridículo, desde los pies a la cabeza. Ridiculez, tan aparatosa que otros, también se hicieron eco de este eco. No sólo resuena muy ridículo: lo es. Ponen el acento en lo ridículo que aún resulta, del propio diferente que vive dormitando en lo más hondo de mí mismo.

El jefe, convencido de que él, es casi un verdadero genio. La orden del jefe, definiendo al óptimo de lo que puede hacerse. Mi jefe, que me empieza a mirar mal. A lo mejor lo del poder, es solo un lema que aparece en un cartel. A lo mejor la víctima, se ha transformado en el juego confuso de sus mentes, en un inadaptado victimario. Y la víctima soy yo, aunque me imaginen victimario. Víctima transformada en victimario, calvario de aguantar estoicamente en mi puesto de trabajo, miles y miles de maldades fétidas... Maldades de mediocres. Envidia de mediocres. Hasta el sol de hoy, siguen con esos juegos de mediocres. Productos mediocres en su inmensa mayoría, repetitivos y adolescentes en todo lo que dicen y en todo lo que hacen. Buenos, mediocres y malos, sin casi ningún tipo de censura. Estimaciones tan mediocres, en una apuesta de las notas discordantes, de las lenguas adherentes, que definen lo que son.

El mediocre irradia un ocre que lleva a mi necesidad de soledad, hasta el borde mismo de la fobia. En otoño y en verano su piel ocre, se tiñe de más y más ocre, salpicados en tonalidades asombrosas. Blanco sucio, gris mediano, amarillo desteñido, verde acuoso, naranja amarga, gris oscuro, arenas del color de los días nublados, ocre mediocre, gris claro y negro lavado, son los colores insignias del mediocre más mediocre. Entintados desde el marrón hasta el ocre, pasando por marfiles, quedando casi siempre así, donde todos los que conviven con él, todos los que están a su lado, se tiñen de su ocre mediocre.

Agresor que en cada intento de acercarme, interpreta ver a un auténtico peligro. Agresor que cuando me degrada, se degrada a sí mismo. Agresor al que le crujen los dientes y le echan a rodar sus ojos, cuando siente peligrar su puesto. Ofensor que ofende a fondo, en ese conflicto perenne entre la víctima y su ofensor. ¿Quién hará renacer desde la nada a la Justicia?

Agresor. Conjugando todo el día el verbo del mentir. La honestidad y la deshonestidad, solo palabras huecas, entrecerradas en un viejo diccionario. Mentir como una forma de vivir. Pero el mentir siempre deja su huella, aunque sepan mentir mucho mejor que otros. Mentir es el recurso fácil de lograr valer, sin tener que transitar por los senderos del esfuerzo.

¿Compañeros? ¿Solidaridad? ¿Fuerza del entorno? Las fuerzas del entorno se durmieron, acunadas entre el miedo y el mirar para otra parte. Aislado y solitario. Hospital edificio de más de cien metros por cien metros, y un hombre, aislado y solitario, que está y que no está. Soy yo, y más allá, está él. Víbora. Primavera. Veloz. Dueño de la palabra. Laguna del desierto que crece como un tumor fibroso solitario, sumido en la anarquía, y que intenta desesperadamente mantener su hedonismo de la

imagen y fabricar a un hombre simple, adaptado a su sistema. Ese es mi yo, que sigue siendo yo y no quiere claudicar. Desde tres años aislado y solitario, que de nadie tuvo ayuda y de nadie protección. Venganza por adentro y por afuera.

Es el día de hoy que aún no lo sé, si fue o no, pesadilla o gran delirio. Mi agresor se murió. Alguien habló de ponzoña en el té. Claro, fue una muerte de golpe, una muerte tan súbita. Y eso, siempre levanta sospechas. Se había enojado con alguien, que solo escuchaba de rock, nada más que de rock. Y del satánico rock sospecharon. A él, le gustaba el flamenco y jugar y jugar y jugar, apostando en el póker. Solo llamó la atención unas pequeñas botellas vacías que el antiguo agresor, las guardaba en su cofre... Pero vacías, son nada. Y la nada, es la nada.

Ya no se estila escribir una corta misiva, pero hoy, yo la escribí: *Estimado Veneno, que fusionas al flamenco y el rock. Un bello motivo que agrupa muchas, demasiadas pasiones y razones latinas, desafiando en el juego del póker, a demonios, ogros, jefes, gerentes y ángeles, caídos del infierno más loco. Loco veneno amenaza callada. Doctor Gran Veneno, en pequeñas botellas vacías... haces mucha justicia. Gracias, de veras...*

... Fin...